NUESTRO FOLKLORE

JOSÉ ANTONIO ALONSO
ETNÓLOGO

Cultura pastoril

■ Nuestros pastores hicieron de la necesidad virtud, de la naturaleza su escuela, y de la sencillez su estilo y su filosofía de la vida

Arquitectura pastoril en el Norte del Señorío. Años 80. *FOTOS: JOSÉ Aº. ALONSO*

Un zurrón de pastor. Col. Alonso Calleja. Posada del Cordón.

Colodra artística. Sierra de Sigüenza.

Terminábamos nuestro artículo, hace un par de semanas, con el dicho: "la vida de los pastores es muy larga de contar…"; tan larga…, que nos daría para escribir muchas páginas; de hecho el tema ha dado para escribir tratados y libros enteros, para grabar reportajes y películas; aunque este apartado nuestro, en **Nueva Alcarria**, da para lo que da, y tiene solamente como finalidad difundir y analizar entre nuestras gentes algunos aspectos, más o menos conocidos de nuestro folklore, y dar noticia de algunos acontecimientos relacionados con nuestra cultura de raíz.

Aguzando el ingenio

Pero, a lo que vamos: decíamos, el otro día, que los pastores y pastoras empezaban a trabajar desde edades muy tempranas y con unas condiciones de vida bastante duras. Una de las consecuencias de esto era que nuestros protagonistas tenían que dejar enseguida de asistir a la escuela, especialmente en los momentos en que sus trabajos requerían mayor atención –*Primum vívere…*-. Mi madre nos tiene contado que aprendió la tabla de multiplicar del dos en la escuela, y que, a partir de ahí, ella solita, por pura lógica, se fue sacando el resto de las tablas, hasta llegar "a la del 12"; los números los iba apuntando, con la punta de un alfilercito en su zurrón de pastora, que, por el efecto del sebo con el que se solían tratar los cueros, se podían borrar y reescribir de nuevo, como si de una pizarra se tratara. ¡Qué cosas! Lo que puede dar de sí la necesidad. ¡Obligado te veas!

Así es que, claro, durante siglos, la gente de éste y otros oficios populares se tuvo por inculta, porque la cultura oficial iba de otra cosa y se medía por otros parámetros, cosa comprensible hasta cierto punto, sobre todo teniendo en cuenta el concepto de "cultura" que ciertas élites tenían, mirando casi exclusivamente el grado de desarrollo, industrial, científico, etc., cosa que también forma, obviamente, parte indiscutible de la cultura; pero el Diccionario de la Academia, además de todas esas cuestiones, recoge también el concepto de "cultura popular", definida como *Conjunto de las manifestaciones en que se expresa la vida tradicional de un pueblo*, y es en esta definición donde nuestros pastores encajan perfectamente.

Una cultura para la vida cotidiana

Porque, vamos a ver, para que querían aquellos zagales conocer los nombres de los reyes godos o de los afluentes del Támesis, por decir algo; sin embargo, necesitaban conocer al dedillo los nombres de los parajes donde se movían, las propiedades de las plantas con que se curaban ellos y sus animales, y las destrezas y habilidades para moverse en la vida; luego, como en todas partes, los habría más o menos listos, más torpes y más hábiles, más o menos artistas…

En este sentido sí que se puede hablar de cultura pastoril, una "cultura" que se manifestaba, y se sigue manifestando, en muchos aspectos, de los que solo daremos prácticamente el enunciado por la falta de espacio, aunque de algunos de ellos trataremos con el tiempo, cuando venga al caso.

Aceptados estos supuestos, iremos desgranando, aunque sea "a vuela pluma", algunos de esos campos en los que nuestros pastores y pastoras eran especialistas: en primer lugar podrían definirse como expertos en GEOGRAFÍA local, porque conocen, como nadie, el medio físico donde se mueven ellos y sus rebaños: el terreno con sus altos y valles; los caminos, galianas y veredas; las fuentes y manantiales, las corrientes de agua, los lugares por donde vadearlos y cruzarlos. También conocen y dominan otros aspectos de la NATURALEZA: las rocas que les servían para construir sus vallados y chozas; las plantas y sus usos; los animales que pastoreaban y el resto de los del entorno, sus ciclos biológicos, sus enfermedades y los remedios curativos, sus múltiples utilidades. En el caso de los pastores trashumantes, todos esos conocimientos se ampliaban en los ámbitos, más o menos lejanos, donde también ejercieron el oficio, de modo que hasta allí llevaron sus conocimientos, sus cantares, sus habilidades artesanas, que intercambiaron con los de los lugares donde se desplazaban en busca de mejores pastos para sus rebaños.

La sabiduría de las cosas sencillas

Ellos tenían, en cierta medida, su LENGUAJE, ya que denominaron o aprendieron los nombres y las cualidades de todo lo que les rodeaba, de las plantas, de los animales, de los parajes, de los accidentes geográficos, de las estrellas y constelaciones y tenían sus propios códigos de COMUNICACIÓN para indicar su ubicación, para avisarse de los peligros, para convocar al ganado –tocar a dula-, para señalar la propiedad de sus ganados, por medio de códigos sonoros –toque del cuerno, sonidos de los cencerros, silbidos, señales físicas practicadas en los animales, etc.-

Desde luego tenían su propia FILOSOFÍA, que diríamos nosotros, expresada en sus chascarrillos, dichos y refranes, que formaban parte también de su propia LITERATURA, junto con otras manifestaciones como el romancero, las retahílas, los cuentos y leyendas, que reflejaban la visión de los aconteceres pasados, de la propia HISTORIA, que les fue transmitida, normalmente por tradición oral.

Los pastores eran también ARQUITECTOS de sencillas arquitecturas: con los materiales de su entorno –piedras y maderas- construyeron las cercas de sus prados, los chozos donde refugiarse y los apriscos donde recoger sus ganados. Las pastoras eran capaces de realizar distintas labores, mientras cuidaban del ganado, pero también los pastores se confeccionaban, en algunos lugares, su propia INDUMENTARIA, pues conocían ciertas técnicas de curtido de las pieles con las que fabricaban sus "peales" y zahones. Unas y otros conocían las técnicas para aprovechar todo lo que daban los animales: además de la lana y las pieles, leche para hacer quesos y cuajadas, carne para sus guisos, y hasta con sus cuernos fabricaban sonadores, vasos, colodras e instrumentos musicales.

Aunque su dedicación era y suele ser completa, las largas horas de estancia en el campo les permitían dedicarse a variadas ARTES y artesanías: a punta de navaja tallaron colodras, palillos para sujetar las agujas, ruecas y múltiples objetos que hoy llenan las vitrinas de los museos. También les daba el tiempo para cantar y bailar y para construir sencillos instrumentos con los que acompañarse –rabeles, gaitas, castañuelas, albogues… ¡Unos ARTISTAS, vamos!

PUNTO DE VISTA

PEDRO VILLAVERDE EMBID

El recuerdo del 11-M

Nunca debemos dejar de recordar el atentado terrorista más cruento y doloroso de la historia de España y del continente europeo, aquellas explosiones en los trenes que viajaban hacia Atocha, que dejaron 193 personas muertas y más de dos mil heridas, en una línea muy frecuentada a diario por cientos de guadalajareños. La cercanía de la tragedia, el hecho de conocer a muchas de las víctimas o tener referencias de ellas, lo hizo especialmente cruel, marcando aquella fecha, el 11 de marzo de 2004, a fuego en nuestras memorias y corazones.

Es de justicia histórica rememorar aquella barbarie para condenar, una vez más, de manera firme, todo acto de terrorismo, provenga del grupo o banda que sea; reafirmar nuestro compromiso con los valores que consagra la Carta Magna y las democracias occidentales; mirar al cielo para decirles a todos aquellos cuya vida quedó sesgada de forma tan cruel e injusta que nunca les olvidaremos y mostrar nuestra solidaridad con los que hoy sufren secuelas por aquella barbarie. Como sociedad debemos tener siempre presente el 11-M en nuestra memoria colectiva con emoción, respeto, repulsa y celebrando actos públicos, como hacemos. Aquel día podríamos haber sido cualquiera de nosotros los que hubiésemos perdido la vida porque todos hemos sido, con mayor o menor frecuencia, usuarios de este servicio de Cercanías.

Inés Novellón Martínez, enfermera de 30 años de edad, novia de un buen amigo- divertida y estupenda amiga- con la que compartimos momentos de alegría en los años de la Universidad; Eduardo Sanz, compañero en el instituto Brianda de Mendoza, padre de dos hijos con los que residía en Azuqueca, y Sergio de las Heras, ingeniero, novio de una amiga, eran tres de las personas que fallecieron aquel día. Dicen que de nada sirve lamentarse pero también que nadie muere mientras es recordado y nosotros, siempre, y en particular cada 11 de marzo , los tenemos muy presentes.